



Verdad y Anuncio de la Fe

Hoja Semanal de la Parroquia de
Nuestra Señora Reina del Cielo

Año IX
Nº 35
07.06.2015

Evangelio del Domingo

«Esto es mi cuerpo. Ésta es mi sangre»

Lectura del santo evangelio según san Marcos (Mc 14, 12-16. 22-26).

El primer día de los Ázimos, cuando se sacrificaba el cordero pascual, le dijeron a Jesús sus discípulos: «¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de Pascua?»

Él envió a dos discípulos, diciéndoles: «*Id a la ciudad, encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidlo y, en la casa en que entre, decidle al dueño: "El Maestro pregunta: ¿Dónde está la habitación en que voy a comer la Pascua con mis discípulos?" Os enseñará una sala grande en el piso de arriba, arreglada con divanes. Preparadnos allí la cena.*»

Los discípulos se marcharon, llegaron a la ciudad, encontraron lo que les había dicho y prepararon la cena de Pascua.

Mientras comían, Jesús tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio, diciendo: «*Tomad, esto es mi cuerpo.*»

Cogiendo una copa, pronunció la acción de gracias, se la dio, y todos bebieron. Y les dijo: «*Ésta es mi sangre, sangre de la alianza, derramada por todos. Os aseguro que no volveré a beber del fruto de la vid hasta el día que beba el vino nuevo en el reino de Dios.*»

Después de cantar el salmo, salieron para el monte de los Olivos.

Contenido de la Hoja Semanal

Evangelio:	Del evangelio de san Marcos (Mc 14, 12-16. 22-26).
Magisterio:	Exhort. Apostólica: "Año de la Vida Consagrada" (6).
Tradición:	V Centenario del Nacimiento de santa Teresa de Jesús (35).
Servidores:	San Agustín de Hipona y la Orden de san Agustín (1. El Fundador).

Visite nuestra web: www.reinacielo.com

Magisterio de la Iglesia: Exhortación Apostólica de S.S. el Papa Francisco

Carta Apostólica del Santo Padre Francisco a todos los consagrados Nº 6

II - EXPECTATIVAS PARA EL AÑO DE LA VIDA CONSAGRADA

¿Qué espero en particular de este Año de gracia de la Vida Consagrada?

El profeta recibe de Dios la capacidad de observar la historia en la que vive y de interpretar los acontecimientos: es como un centinela que vigila por la noche y sabe cuándo llega el alba. Conoce a Dios y conoce a los hombres y mujeres, sus hermanos y hermanas. Es capaz de discernir, y de denunciar el mal del pecado y las injusticias, porque es libre, *no debe rendir cuentas a más amos que a Dios, no tiene otros intereses sino los de Dios*. El profeta está generalmente de parte de los pobres y los indefensos, porque sabe que Dios mismo está de su parte.



Espero, pues, que mantengáis vivas las «utopías», pero que sepáis crear «otros lugares» donde se viva la lógica evangélica **del don de la fraternidad, de la acogida de la diversidad, del amor mutuo**. Los monasterios, comunidades, centros de espiritualidad, «ciudades», escuelas, hospitales, casas de acogida y todos esos lugares que la caridad y la creatividad carismática han fundado, y que fundarán con mayor creatividad aún, **deben ser cada vez más la levadura para una sociedad inspirada en el Evangelio**, la «ciudad sobre un monte» que habla de la verdad y el poder de las palabras de Jesús.

A veces, como sucedió a Elías y Jonás, se puede tener la tentación de huir, de evitar el cometido del profeta, porque es demasiado exigente, porque se está cansado, decepcionado de los resultados. **Pero el profeta sabe que nunca está solo**. También a nosotros, como a Jeremías, Dios nos asegura: «**No tengas miedo, que yo estoy contigo para librarte**» (1,8).

3. Los religiosos y las religiosas, al igual que todas las demás personas consagradas, están llamadas a ser «**expertos en comunión**». Espero, por tanto, que la «**espiritualidad de comunión**», indicada por san Juan Pablo II, se haga realidad y que vosotros estéis en primera línea para acoger «el gran desafío que tenemos ante nosotros» en este nuevo milenio: «**Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión**». Estoy seguro de que este Año trabajaréis con seriedad para que el ideal de fraternidad perseguido por los fundadores y fundadoras crezca en los más diversos niveles, como en círculos concéntricos.

La comunión se practica ante todo en las respectivas comunidades del Instituto. A este respecto, invito a releer mis frecuentes intervenciones en las que no me canso de repetir que **la crítica, el chisme, la envidia, los celos, los antagonismos, son actitudes que no tienen derecho a vivir en nuestras casas**. Pero, sentada esta premisa, el camino de la caridad que se abre ante nosotros es casi infinito, pues se trata de buscar la acogida y la atención recíproca, de practicar la comunión de bienes materiales y espirituales, la corrección fraterna, el respeto para con los más débiles... Es «**la mística de vivir juntos**» que hace de nuestra vida «una santa peregrinación». También debemos preguntarnos sobre la relación entre personas de diferentes culturas, teniendo en cuenta que nuestras comunidades se hacen cada vez más internacionales. ¿Cómo permitir a cada uno expresarse, ser aceptado con sus dones específicos, ser plenamente corresponsable?

Hechos extraordinarios en la vida de Santa Teresa: Becedas

NUEVA GRAVE ENFERMEDAD.- Al año de su profesión le vino otra vez una extraña enfermedad. “La mudanza de la vida y de los manjares me hizo daño a la salud que, aunque el contento era mucho, no bastó. Comenzáronme a crecer los desmayos y dióme un mal de corazón tan grandísimo que ponía espanto a quien le veía y otros muchos males juntos, y así pasé el primer año con harta mala salud. Y como era el mal tan grave que casi me privaba el sentido siempre y, algunas veces, del todo quedaba sin él, era grande la diligencia que traía mi padre para buscar remedio; y como no le dieron los médicos de aquí, procuró llevarme a un lugar adonde había mucha fama de que sanaban allí otras enfermedades, y así dijeron harían la mía.” Este lugar era BECEDAS, donde había una curandera famosa.



“Estuve en aquel lugar tres meses con grandísimos trabajos, porque la cura fue más recia que lo que pedía mi complexión. A los dos meses... me tenía acabada la vida, y el rigor del mal de corazón de que me fui a curar era mucho más recio, que algunas veces me parecía que con dientes agudos me asían de él, tanto que se temió era rabia... Casi un mes me había dado una purga cada día y estaba tan abrasada que se me comenzaron a encoger los nervios con dolores tan insoportables (insoportables) que día y noche ningún sosiego podía tener; y una tristeza muy profunda”. Durante su tratamiento en el pueblo de Becedas se comenzó a confesar con el sacerdote del lugar. Y dice: “Él se aficionó en extremo a mí, porque entonces tenía poco que confesar... No fue la afición de éste mala, mas de demasiada afición venía a no ser buena. Tenía entendido de mí que no me determinaría a hacer cosa contra Dios que fuese grave por ninguna cosa, y él también me aseguraba lo mismo, y así era mucha la conversación... Comenzó a declararme su perdición. Y no era poca, porque hacía casi siete años que estaba en muy peligroso estado con afición y trato con una mujer del mismo lugar y con esto decía misa. Era cosa tan pública, que tenía perdida la honra y la fama, y nadie le osaba hablar contra esto... Procuré saber e informarme más de personas de su casa. Supe más la perdición y vi que el pobre no tenía tanta culpa, porque la desventurada de la mujer le tenía puestos hechizos en un idolillo de cobre que le había rogado le trajese por amor de ella al cuello. Y éste nadie había sido poderoso de podérselo quitar... Pues como supe esto, comencé a mostrarle más amor. Mi intención buena era, la obra mala, pues por hacer bien, por grande que sea, no había de hacer un pequeño mal. Tratábale muy ordinario de Dios. Esto decía aprovecharle, aunque más creo le hizo al caso el quererme mucho; porque, por hacerme placer (darme gusto) me vino a dar el idolillo, el cual hice echar luego en un río. Quitado éste, comenzó como quien despierta de un gran sueño a irse acordando de todo lo que había hecho aquellos años; y espantándose de sí, doliéndose de su perdición, vino a comenzar a aborrecerla. Nuestra Señora le debía ayudar mucho, pues era muy devoto de su Concepción y en aquel día hacía gran fiesta. En fin, dejó del todo de verla y no se hartaba de dar gracias a Dios por haberle dado luz. Al cabo de un año en punto desde el primer día que yo le vi, murió... Murió muy bien y muy quitado de aquella ocasión. Parece quiso el Señor que por estos medios se salvase”.

El sacerdote agustino, Santiago Insunza, ha puesto en boca de san Agustín un hermoso relato autobiográfico que extractamos aquí en honor al autor de la Regla Monástica que lleva su nombre, bajo la cual vive la gran familia de la Orden de san Agustín.

«Me llamo Agustín y soy africano de nacimiento. Hombre de barro frágil, tejedor de pensamientos y de corazón hambriento de caricias como el tuyo. Con las manos llenas de preguntas y los ojos abiertos al asombro. (...)»

«Nací hace diecisiete siglos en el Norte de África. Tagaste, hoy Souk-Ahras, fue mi cuna, muy cerca del mar Mediterráneo. (...) Viví una juventud nerviosa y tensa mientras deshojaba los misterios de la vida y de la ciencia. Leí con avidez los libros que estuvieron a mi alcance. Frecuenté el teatro y me sentí atraído por la astrología y los horóscopos. (...) Busqué la verdad en la lectura y buceando en mis propios pensamientos. Me vi aprisionado por la duda, embriagado por una falsa sabiduría, atado por mil esclavitudes, pero nunca acepté el pacto cómodo con la mediocridad. Deseaba crecer, amar, encontrar...»

«Rodando el tiempo, Dios salió a mi encuentro. La conversión no es una conquista personal, sino un gesto de amor por parte de un Dios sorprendente, que siempre desborda nuestros cálculos. Él me dio la mano para que saliera del error y soltara mis ataduras. (...) La luz de la fe comenzó a iluminar todos los rincones de mi vida. Dios derribó los muros que me aislaban de la verdad y de la felicidad.»

«Recibí el bautismo a los treinta y dos años de manos del obispo Ambrosio y estrené un corazón nuevo en la vigilia pascual del 25 de abril del año 387. Un día me pidieron que fuera sacerdote y poco más tarde que aceptara la carga del episcopado. Fui consagrado obispo en el 395. Ser obispo en aquel tiempo, obligaba a pisar la calle y hacer de juez en herencias familiares, derechos de propiedad y otras cuestiones. Por mi casa pasaban gentes a pedirme consejo o a solicitar que intercediera por los reos ante los jueces. En la noche, a la luz de la lámpara de aceite, podía disfrutar de la lectura, contestar las cartas recibidas, dedicarme al estudio y preparar los sermones para mis hijos de Hipona. *“Con vosotros soy cristiano, para vosotros soy obispo. Os hablo como quien enseña, pero soy al mismo tiempo condiscípulo vuestro en la escuela del único Maestro. Los mismos pastores también somos ovejas... Temed al Cristo de arriba y sed benévolos con el Cristo de aquí abajo. Tenéis arriba el Cristo dadivoso, abajo está el Cristo menesteroso. Aquí es pobre y está en los pobres... Subió ya rico al cielo, donde se halla sentado a la diestra del Padre; pero aquí, entre nosotros, todavía padece hambre, sed y desnudez”.*»

«Recibí la visita de la muerte el 28 de agosto de 430. Llegué al final de la carrera después de haber escrito libros y fundado monasterios. No se puede morir sin antes haber exprimido el corazón para entregar a todos el zumo dulce del amor. Quise gritar que el amor es la fuerza mayor de nuestro mundo, que la fe es un peldaño para poder entender, y entender es la recompensa de la fe. Si no crees, nunca entenderás y tampoco podrás amar. (...) Una vida la hace buena un buen amor. Perseverad en el amor para que se deshiele el egoísmo en vuestra vida y vuestro corazón no sea un tronco seco de madera rugosa, sino un manantial crecido de sentimientos transparentes.»

